

¿ES EL TOTALITARISMO SEÑOR DEL DESTINO?*

JEAN-BAPTISTE DUROSELLE

PRESENTO EN ESTE trabajo uno de los aspectos más originales del nacionalismo: las naciones que por la fuerza y por la ideología están divididas en dos Estados. En 1975, antes de que se uniera Vietnam, cuatro naciones comparían ese destino. Hoy quedan sólo las dos Alemanias, las dos Coreas y las dos Chinas, aunque por su disparidad territorial sean las últimas ejemplos menos valiosos.

La fragmentación territorial es fenómeno de todas las épocas. Todo imperio, pasado su apogeo, padeció la división: los reyes pastores después del antiguo imperio egipcio, los dídocos después de Alejandro Magno, los señores de la guerra después de las grandes dinastías chinas, Verdún con los nietos de Carlomagno. Ejemplos próximos a nosotros son Italia, que consiguió la unificación en 1861, y Alemania, en 1871. Pero son muchas y grandes las diferencias entre los ejemplos que provee la historia y el fenómeno actual. La primera es que las divisiones mencionadas ocurrieron antes de que surgiera, en el siglo XVIII, el nacionalismo, que se extendió luego desde Europa al resto del mundo.

El patriotismo es un sentimiento, una especie de instinto. Significa preferir el terruño paterno a cualquier otro. Sólo algunos individuos insatisfechos —una extrema minoría en realidad— reaccionan contra la familia y aborrecen su circunstancia original. El resto se siente mejor en el ambiente de sus antepasados, con su estilo de vida, sus tradiciones, sus símbolos —sus iconografías, según las denomina el geógrafo Jean Gottmann.

El nacionalismo es sentimiento cimentado en el concepto de una gran comunidad a la cual nos adherimos, que no queremos ver gobernada por extranjeros, cuyos límites —cuyas fronteras— son “reconocibles”. La definición de esa comunidad se hace a base de datos diversos y dispares: la lengua, la religión, el interés económico común, y, sobre todo, la vida comunitaria largo tiempo compartida.

Las fragmentaciones antiguas —ésta es la segunda diferencia— quedaban sometidas, por lo general, a la dominación extranjera (es el caso de Polonia antes de 1918, dividida entre Rusia, Austria y Prusia). Los casos que veremos aquí son los de naciones divididas en dos Estados, independientes en principio, y capaces, por lo tanto, de reclamar su legitimidad y acusar al otro Estado

* Traducción de Martha Elena Venier.

o a sus protectores de provocar situaciones ilegítimas y condenables. Por esta razón, cada república china se considera “La China”. La República Federal Alemana, en 1970 y con la *Ostpolitik* de Brandt, se consideraba heredera del *Reich*, y por ello, aunque teóricamente, responsable de Alemania Oriental y de revisar la línea Oder-Neisse, nueva frontera con Polonia.

Hay una tercera diferencia, relacionada con la Revolución Rusa de 1917. La división tiene aquí causas ideológicas. El marxismo-leninismo, “totalitario” en esencia, que se basa en el postulado —por confirmar aún— de que él es “el curso de la historia”, y que, por lo tanto, se extenderá a todo el mundo, rara vez acepta retroceder. Con el uso de la fuerza, si es necesario, no admite que un régimen basado en los principios de Marx y Lenin se doblegue o flexibilice al unirse con algún régimen más liberal. Prefiere antes la división de un Estado que perder un puesto de avanzada.

En lo que a China se refiere, la Unión Soviética tiene interés directo en el régimen instituido en 1949. Sostiene el mismo principio en Alemania, después de “socializar” la zona ocupada (caso diferente es el de Austria). Hay aquí una gran dosis de interés nacional. Luego de los terribles padecimientos que provocó la Alemania hitleriana, está bien que los restos del *Reich* estén fragmentados y disminuidos, y que Moscú posea un valioso puesto de avanzada en el corazón de Europa.

Está probado que la división de un Estado alimenta el nacionalismo. No es ésta cuestión de tradición y prestigio solamente. Hay problemas como la separación de las familias, los nuevos movimientos comerciales, la libertad individual, y en especial la libertad de circulación. Todo tipo de realidades —afectivas, racionales, económicas y sociales— se unen para favorecer la reunificación. China es, sin duda, caso aparte, porque Taiwan se presenta como refugio. Y aunque desde su instauración (1949) China comunista quiere anexionar la isla, es dudoso que los “nacionalistas” compartan ese deseo. Algo parecido ocurrió con Vietnam del Sur. Desde 1946, la reunificación fue uno de los objetivos más claros del Vietmin comunista; pero una parte de la población anticomunista del sur —en principio con el apoyo estadounidense— evitó el referéndum previsto para 1956, en los acuerdos de Ginebra de 1954. Esos anticomunistas lucharon después con la ayuda de Estados Unidos, luego sin ella, para conservar un Vietnam “capitalista” y “liberal”. La causa no era del todo clara; se estableció en el sur otro gobierno comunista que dominó algunas zonas e hizo del país una “piel de leopardo”; y, sobre todo, el norte era mucho más fuerte en lo militar y mucho más combativo en lo moral. Por todo ello, se consiguió la unificación en 1975.

En Alemania y Corea —sin duda los casos más interesantes— la división engendró un nacionalismo extremadamente complejo, que causa en ambos campos serios problemas. Advertimos que, para analizarlos, Europa Occidental (casi todos sus países y Francia en especial) es un sitio de observación “minado” en cierto sentido. Comparar los restos de nacionalismo que hay en nuestros países con el espíritu actual de la República Federal Alemana sería inocuo. En realidad, los países no comunistas de Europa —excepto Suiza y Finlandia— parecen alejarse de ambiciones nacionalistas.

Es necesario llamar la atención sobre un fenómeno extraño que afecta sólo a Europa Occidental, que podemos denominar “adormecimiento” del sentimiento nacional. El nacionalismo se extiende en derredor, vivo, fuerte y hasta violento. Circunda nuestra vieja Europa Occidental pasiva y quebrantada el vasto mundo del nacionalismo. Son nacionalistas los nuevos países independientes de África y Asia, y los viejos países independientes de América Latina. Son nacionalistas, en su aparente resignación, las repúblicas socialistas de Europa Oriental.¹ ¡Y qué decir de Polonia! Nacionalista —incluso ultranacionalista— es esa Unión Soviética empujada a la expansión por la tradición rusa y por el comunismo. Nacionalista es también Estados Unidos, aunque los estadounidenses no lo adviertan.² Nacionalismo el de Japón, que a pesar de su pequeñez logró convertirse en la segunda potencia económica del mundo, y que parece bastarse intelectualmente en su universo cerrado, aunque muestre interés por lo que hacen los demás. Nacionalista es China, fuerte por su antigua civilización y por sus millones de habitantes.

Cuando en 1969 las uniones estudiantiles francesas pidieron a la Asociación de Estudiantes Africanos —conocida por su tendencia izquierdista— que se les uniera para denunciar el nacionalismo como actitud capitalista, burguesa, lúbrica, etc., los africanos declinaron la invitación y les recordaron que su lucha se concentraba en la independencia nacional.

Finalmente, podemos considerar resuelto el gran dilema de la solidaridad nacional y la solidaridad de clase, que Marx y Engels plantearon hace ciento treinta y seis años en el *Manifiesto comunista*. Los proletarios del mundo jamás se unieron. La lucha de clases sigue igual. Al concebir la idea del “socialismo en un solo país”, Stalin exaltó el nacionalismo soviético, ofreció a los partidos comunistas del mundo la ingrata tarea de sacrificar todo en beneficio del país modelo, el cual, conseguidos sus satélites —casi siempre por la fuerza—, ha querido conservarse como el “hermano mayor”.

Antes de Stalin, preocupaban mucho a Lenin los “nacionalistas” de la Unión Soviética, que existían, sin duda, puesto que no quería incluirlos en su doctrina. Sin Stalin, el 20 Congreso del Partido Comunista de la URSS (1956) renunció a la noción poco realista de que la verdadera independencia de los territorios colonizados debía ser obra de los proletarios con la ayuda de los campesinos. Fue necesario admitir que los primeros —en caso de que hubiera industria— deberían aliarse con la “burguesía nacional” contra el colonizador y sus colaboradores de la “burguesía compradora”.

¹ Cuando organizamos los coloquios para conmemorar el quincuagésimo aniversario de 1917 y 1918, el embajador de Rumania nos envió un delegado para demostrarnos que era su país el que había ganado la Gran Guerra. Un historiador no puede estar en Rumania sin que sus colegas rumanos acusen a la Unión Soviética en los primeros cinco minutos, y reclamen Besarabia en los quince minutos siguientes.

² ¿Acaso no es nacionalismo ignorar totalmente lo que piensan y quieren los demás, y creerse, con toda naturalidad, superiores en todos los aspectos, confiar sólo en sus expertos, y llamar “consulta” de afeitados el advertir con una hora de anticipación sobre alguna decisión que se tomó y que es irrevocable?

¿A qué se debe, pues, esa degeneración del nacionalismo en Europa Occidental? Dos guerras atroces, fratricidas, inútiles, ocurridas en menos de treinta años por la caída veloz de los imperios coloniales de los Estados de Europa Occidental, son suficientes para explicar el desasosiego mental, la “depresión pacifista”, según decía el diplomático griego Politis en 1936.

Si tomamos a Francia como ejemplo, vemos claramente por medio de qué procedimientos se infiltró esa droga adormecedora. Quinientos años antes de nuestra era escribió el chino Sun-Tzu: “Las guerras que duran mucho tiempo jamás benefician a un país”. Caída en “el campo del honor” —como se ha dicho con mala intención— Francia se preguntó por las dimensiones de su sacrificio y buscó nuevos caminos. En el decenio de 1920 podía creerse aún en las virtudes del comunismo. Miles de intelectuales abandonaron la “ideología dominante, la tricolor y la Marsellesa” para explorar la nueva ruta. A la retaguardia de los intelectuales —e incluso entre ellos— marchaban disciplinadamente ejércitos de *snobs*. Hay dos clases de *snobs*: los que, poco prevenidos o poco inteligentes, siguen a quienes hacen más ruido porque “se ve bien”; es el esnobismo de los borregos de Panurgo. La segunda clase, más peligrosa, es la de quienes, sin fe en la ideología que secretamente desprecian, fingen apoyarla y admirarla porque ven allí algún interés para su carrera o un pretexto para brillar en los salones.

Por sobre todo, es necesario evitar el ridículo. Pero la labor paciente (muestra del estado de ánimo colectivo) que llevan a cabo periódicos como *Le Canard Enchaîné* o *Le Monde*, con su estilo de desengañada superioridad, logra ridiculizar todo lo que es nacional. Es anatema estar orgulloso de su país, creer que con trabajo y voluntad se puede compartir la gloria de una cultura singular, y estar a la vanguardia en lo económico. Recuerda con tristeza algo que me sucedió hace más o menos doce años. Presentaba una conferencia ante toda una generación del Politécnico. Demostraba que en esa época (¡cuánto han cambiado los tiempos!) Francia —por encima de Gran Bretaña e incluso de Japón— ocupaba el tercer lugar en comercio exterior, y tuve la mala suerte de alegrarme por ello. Se produjo entonces una especie de murmullo burlón. Había caído en el grave error de “cacarear”. Ojalá hubiera dicho “esta situación no durará”, o “pero las estadísticas francesas son mediocres”. No me considero un *snoob*; espero sinceramente que la nueva generación dejará de tener por lema este consejo: “no aparentar que aparentamos”. Con este breve análisis, llego a la parte esencial del tema, para la que usaré el caso de Alemania porque es país europeo.

Los alemanes han recibido una lección más dura que nosotros. Pasadas tres guerras estamos satisfechos, porque nuestro territorio tiene las mismas dimensiones que en 1871. Alemania está desmembrada y dividida. Así pues, los alemanes tendrían razón para ser más escépticos que nosotros, y es probable que lo sean tanto como nosotros, a pesar de las diferencias en tradición y cultura. Pero queda la división en dos Estados, que lleva en sí un elemento para corregir una de las dos formas de antinacionalismo. Éste puede manifestarse en las autonomías o independencias regionales y en diversas formas de antimilitarismo. Alemania está, al parecer, protegida contra independentis-

mos. Sin embargo, en 1955 un plebiscito en Sarre demostró que 35% de la población estaba en favor de la autonomía. Esa cifra sugiere fuerza mayor que la de minorías ínfimas como los autonomistas bretones, vascos, corsos. Pero el voto sarro tuvo lugar en un ambiente de “europeización” que puede tener aspectos tentadores. El 65% de los votantes opinaba que se debería luchar contra el desmembramiento del Oeste, que reforzaría el que ya existía en el Este.

Se dice que el antimilitarismo conserva su vigor desde el establecimiento de la República Federal Alemana en 1949. Desilusionada del ultramilitarismo, Alemania acordó no tener nunca ejército. Pero la necesidad de defenderse de la amenaza del Este, la presión que ejercía Estados Unidos, la comparación con Corea del Norte al comienzo de la Guerra de Corea (25 de junio de 1950), condujeron a un proceso que, a causa de la comunidad europea de defensa que nunca fraguó y gracias a una “solución de repuesto” que acordaron Mendès France y Adenauer, culminó en la creación de la *Bundeswehr* en 1955.

No viene al caso resumir aquí la historia del pacifismo alemán. A últimas fechas, entró en su crepúsculo al instalarse los misiles *pershing*, respuesta a los SS20 soviéticos. La ósmosis que con frecuencia se produce (lamentablemente en mi opinión) entre los ecologistas que quieren proteger la naturaleza, su ambiente, su belleza, y los pacifistas que reducen la ecología al “antinuclearismo” (tanto civil cuanto militar), llegó a su perfección en 1983. La instalación de los misiles y la tibia reacción de los soviéticos provocaron, al parecer, la decadencia del movimiento, aunque después tuvo representación en el parlamento.

La construcción de lo europeo ahonda las diferencias entre el nacionalismo francés y el alemán por un lado, y los problemas políticos de Corea y China en comparación con Alemania, por otro. En lo que se refiere a Taiwan, unirse a China no significaría más que el retorno a la patria ancestral, desde el punto de vista chino, y al feudalismo, desde el punto de vista de los formosenses de raíz, que son en realidad una minoría. La unión de las dos Coreas significaría también restablecer las antiguas fronteras. La “construcción de Europa” es problema diferente. Para Francia sería un sencillo tránsito entre la situación existente (un territorio satisfactorio con sólida tradición) y una “comunidad superior”: Europa. Esto sería más aceptable porque en la actualidad Europa parece ser una simple “confederación”.

Para Alemania, en cambio, se impone una elección. La infalible hostilidad de la Unión Soviética a todo lo que sea unión política en territorio cercano a su zona de influencia —se trate de unión europea o árabe— impide la reunificación alemana, si la República Federal opta por la construcción europea. Adenauer quería sobre todo reinstalar a la Alemania apenas salida del nazismo en la comunidad de los pueblos libres; así pues, deliberadamente escogió Europa Occidental y dejó de lado la unificación. La *Ostpolitik* de Brandt de 1970 a 1973, fue sin duda una etapa en otra dirección. Se sabe que el ministro Kohl aprovecha los signos que se advierten en las dos Alemanias, desde 1984, en favor del acercamiento. Según Thomas Schreiber, hubo una “primavera interalemana” que no dio frutos porque la República Democrática rehusó, súbitamente, hacer una visita a su vecina. Pero, insiste Schreiber, “más allá de las divergencias y oposiciones, se confirma día por día que hay un solo pue-

blo alemán momentáneamente dividido” (*Courrier des Pays de l’Est*, marzo de 1984, p. 67).

Treinta y cinco años transcurridos en esta dualidad de Estados no dan pie para concluir o prever algo sobre los tres casos presentados. Nada impide, sin embargo, hacer un balance, y para hacerlo más claro lo dividiremos en seis puntos. Pero es un hecho que en este campo los matices son, con frecuencia, más importantes que la substancia del problema.

Como sabemos, las ideologías totalitarias tienen mucho en común con la religión. Tienen creyentes sinceros, con frecuencia admirables porque son capaces de sacrificar la vida por su causa. Pero como en toda teocracia (o en los regímenes que unen “trono y altar”), hay muchos que no tienen esa fe, que ocultan hábilmente su incredulidad fingiéndose fanáticos, y conquistan puestos. Esta combinación dio en llamarse *Nomenklatura*, nombre del anuario que registra personalidades. Puesto que uno de los Estados es totalitario, volvemos a encontrar ese fenómeno de disciplina perfecta basada en la adhesión absoluta a las decisiones del partido: el “centralismo democrático”.

No hay una ideología del “mundo libre”, porque entonces dejaría de serlo. En teoría (siempre hay imperfecciones), caracteriza al mundo libre la posibilidad que cada individuo tiene de escoger su ideología —la del Estado contrario incluso. A la fórmula infausta de Sain-Just —esencia del totalitarismo—, “no hay libertad para los enemigos de la libertad”, se opone el bello lema de Lamennais: “el libre combate de la verdad contra el error”. Lo diverso es signo de libertad y dignidad humanas. Lo monolítico es instrumento de eficacia.

En un Estado totalitario existe, en teoría, unanimidad en favor de la doctrina dominante. En el Estado democrático, la mayoría favorece un conjunto variable de preceptos, pero se encuentran también neutrales y partidarios del totalitarismo, porque el adversario tiene allí sus hombres, y puede, si se presenta la ocasión, convertir a indecisos, ingenuos, egoístas o sentimentales.

En la práctica, es evidente que no todos los ciudadanos de un Estado totalitario son adeptos de su doctrina. Los fanáticos e interesados forman sólo la parte visible del témpano; detrás se ocultan los resignados, los indiferentes, los que optan por la resistencia pasiva, los que no se someten y siguen activos (Zaharov, Walesa). Al favorecer en lo material a su política, a su ejército y sus funcionarios, el Estado totalitario es más eficaz, y puede neutralizar a los que resisten pasivamente y aun a los activistas.

Ahora bien, la Unión Soviética jamás ha cedido un ápice en sus exigencias para con Alemania y los demás países socialistas de Europa, que deben ser miembros del Pacto de Varsovia, eliminar cualquier oposición al partido comunista, y conservar monolítico su régimen. Así pues, la ideología es suficiente para convencernos de que cualquier unión entre dos Estados de una nación —totalitario uno, democrático otro— no puede hacerse sino bajo las condiciones del Estado totalitario y sin modificaciones a su régimen.

En estas épocas, las negociaciones entre las dos grandes potencias y —aunque de manera secundaria— entre los dos bloques, tocan un temor constante que, de tiempo en tiempo, se coloca en primer plano: la unificación de Alemania e incluso de Corea. También las negociaciones entre los países del

mundo libre y China comunista —incluyendo las que apoyaron su admisión en las Naciones Unidas— significan optar por una de las dos Chinas.

Nos encontramos siempre ante un problema insoluble. Occidente no concibe la unificación sino por medio de elecciones libres, del sufragio universal, directo, secreto y plural, o con un plebiscito que tenga las mismas garantías. El Este no acepta otra negociación que de Estado a Estado. La base, en el primer caso, es la voluntad que manifiesta la mayoría. Ahora bien, el marxismo-leninismo es indiferente a ese sistema de valores. El proletariado, representado por su *avant-garde*, es decir el partido comunista, siempre tiene razón. En opinión del partido comunista, aun cuando hay diferencias entre los pueblos de dos Estados, éstos deben negociar como iguales. Y esa negociación, que la historia no ha visto aún, partirá del principio inevitable que el Estado totalitario no cederá en nada (excepto en aspectos no políticos que se consideran secundarios). Muchas veces hemos visto a Kadafi caricaturizar el método, al proponer unión con Egipto, luego con Túnez, luego con Chad, luego con Marruecos, a condición de que Libia —que tiene 4 millones de habitantes— negocie bajo las mismas condiciones que el otro país (Egipto tiene una población de 40 millones).

Mientras la barrera ideológica permanezca inmovible, no hay posibilidad alguna de convenio entre la elección por medio del sufragio universal y la negociación de Estado a Estado. En otras palabras, la única reunificación previsible tendrá lugar si el Estado democrático (el del Oeste) capitula sin condiciones.

Adenauer, que quería dar pie a la “excomunió” de la ex-Alemania nazi, estableció con su principal colaborador, en los inicios de la República Federal, la doctrina Hallstein. Según ésta, la República Federal condenaba a todos los países que reconocieran a la República Democrática y rompería relaciones diplomáticas con ellos. Ante esta doctrina rígida, numerosas iniciativas del Este y el Oeste procuraron atenuar los problemas de ambas Alemanias. No hubo tal variedad de acontecimientos en el caso de Corea. En cuanto a China, hubo sólo un compromiso indirecto respecto a los “territorios exteriores” de Hong Kong que se devolverían a China una vez terminado el acuerdo firmado con los ingleses. Los chinos no son como los soviéticos, es cierto; a pesar de la naturaleza autoritaria de su régimen son capaces de extraordinaria flexibilidad. No se puede pensar, en cambio, que durará la aparente flexibilidad de Alemania Oriental, que se complica por la situación especial de Berlín.

Veinte años duró la doctrina Hallstein, desde septiembre de 1949 hasta octubre de 1969. En esos veinte años, la gran idea para un acuerdo fue la neutralización ya de Europa Central en conjunto, ya de las dos Alemanias, con la condición de que se retirasen las tropas extranjeras. Hubo también numerosos “planes”, productos casi todos del Este; entre ellos fue célebre el del polaco Rafracki. Pero a causa del desequilibrio entre la posible evacuación de los soviéticos —vecinos de la “zona neutral”— y la de los estadounidenses, cuyo poder se concentra al otro lado del océano, pocos gobiernos occidentales consideraron seriamente esa propuesta.

Al ser elegido canciller Willy Brandt, ex-alcaldede Berlín —cuyo cerco

favoreció a la República Democrática más de lo que él hubiera deseado— llegamos al periodo de la *Ostpolitik*. Al aceptar todas las exigencias de Alemania Oriental se procuraba obtener una concesión humanitaria: que se abriera, aun en forma mínima, el famoso muro de Berlín.

Entre las concesiones que durante tres años hizo la República Federal se pueden destacar las siguientes: a) Reconocimiento mutuo de cada Alemania como Estado, e intercambio diplomático con ciertos privilegios (similar al que hubo entre Gran Bretaña y sus dominios, por ejemplo). Pero la República Democrática aceptó el principio “una nación, dos Estados” que adoptaron Alemania y Austria en el decenio de 1920. b) Reconocimiento de la República Federal (al concluir la doctrina Hallstein). c) La República Federal aceptó la línea Oder-Neisse, que recorre la frontera de Polonia hacia el oeste. d) La República Federal renunció a considerar Berlín como territorio de la federación. e) En las negociaciones de Helsinki, los occidentales admitieron explícitamente la zona de influencia de la Unión Soviética a cambio de que ésta y sus satélites aceptaran reconocer los derechos humanos elementales. Pero como son propuestas abstractas, deberíamos estar advertidos de que todo Estado totalitario tiene formas de trocar sus promesas dando a los términos abstractos un significado especial.³ f) Menos visible, pero mucho más importante, es que durante los bellos años de la *Ostpolitik* la “transferencia de tecnología” de Oeste a Este se hizo sin restricciones, y que, por cierto tiempo, pudo compensar el atraso del segundo en buen número de técnicas avanzadas.

Según la vieja teoría de Adam Smith, Frédéric Bastiat, Richard Cobden, Michel Chevalier, el libre cambio genera paz porque hace más intenso el comercio; esta teoría resurge constantemente en el espíritu humano a pesar de antecedentes nada felices (hubo en Europa, entre 1860 y 1871, casi libre cambio pero también tres guerras). De ahí la generosa idea de que el intercambio intenso entre Este y Oeste abrirá “puertas” en la cortina de hierro.

Sin duda, el problema es complejo; no podemos rechazar esa idea con unas cuantas palabras. El hombre procura su riqueza de dos maneras: en un caso cambia el producto de su trabajo por otros productos; en el otro, se apodera de la riqueza por medio de la violencia. El nómada del desierto consigue los productos del oasis vendiendo sus borregos, pero a veces opta por obtenerlos mediante saqueos. En nuestros Estados, totalitarios o democráticos, favorecen el comercio —anterior, con mucho, al intercambio diplomático— viejas tradiciones y corrientes, cierta solidaridad básica, la vecindad y la complementariedad de muchos sectores. Pero hay numerosos obstáculos para que ese comercio, por muy intenso que sea, permita un entendimiento amplio.

A base del modelo soviético, la República Democrática practica el trueque. En general, limita sus importaciones al valor aproximado de sus exportaciones. Cuando la necesidad le obliga a traspasar los límites del trueque, compensa ese desequilibrio con los créditos que le concede su socio más industria-

³ He aquí un ejemplo: leía hace poco una declaración de Jeannette Thorez-Veermesch; afirma allí que los ciudadanos soviéticos son “mil veces más libres” que los franceses. Todo está prohibido, pero son libres porque no soportan el peso de las utilidades del capital.

lizado, es decir, la República Federal. En los orígenes del comunismo, no se pagaron las deudas del zar y se nacionalizaron las inversiones extranjeras. Esas circunstancias crearon, inconscientemente, sorda inquietud por el porvenir. En otras palabras, la ventaja que tiene un acreedor sobre el cliente desaparece ante el posible chantaje de un deudor poco confiable.

En la República Democrática, el Estado maneja el comercio internacional. La solidaridad que se establece en la empresa privada, y que, en ciertos campos, da lugar a que se formen "equipos" internacionales, no es aquí posible porque los funcionarios, que no tienen cargos permanentes, substituyen a los empresarios.

Aunque para nuestro criterio occidental el Este "se comporta mal", no es posible imponerle sanciones militares; en consecuencia, es grande la tentación de imponerle castigos económicos. Pero así como los bombardeos no disminuyen (según suponían los generales Douhet, italiano, y Mitchell, estadounidense), sino que exacerban el ánimo de la población, lo mismo sucede con los bloqueos totales o parciales. Ya vimos el fracaso de los embargos que impuso Estados Unidos a los cereales destinados a la Unión Soviética: hubo quejas de los productores estadounidenses, infidelidad de los aliados y exasperación de la población. Además, bloqueos y embargos dan lugar a que los países que los sufren disimulen sus errores y deficiencias. El mal viene del enemigo exterior.

La superioridad del "mundo libre" destaca sólo en la exposición de los resultados obtenidos. En Berlín, esta situación adquiere tintes casi obsesivos. La cantidad de coches, la ostentación de las tiendas y la calidad de los productos de consumo diario no tienen el mismo nivel. Y en especial, la aspiración ferviente a la libertad individual, que se consigue con mejores niveles de vida, sacude profundamente los ánimos. La falta tanto de esa libertad cuanto de un buen nivel de vida, provoca en los Estados divididos aspiraciones profundas que —salvo en el caso de algunos fanáticos— toman siempre una misma dirección. Así pues, la República Democrática terminó levantando un muro —"muro de la vergüenza"— en el camino por el que se escapaba su verdadera fuerza (quizá 4 millones de personas hasta agosto de 1961). Cuando se produce algún tipo de acercamiento, como el de 1984, hasta la frustrada visita del canciller de Alemania Occidental a la República Democrática, las reglas tienden a relajarse un poco. Alrededor de 10 mil personas salieron de la República Democrática a principios de ese año. No podemos dejar de advertir, sin embargo, hasta qué punto es desagradable y casi humillante comprobar que la gente se esfuerza por abandonar los jardines del Paraíso.

Pero hay más —y esto me servirá de conclusión. Los dos escaparates presentan sólo espectáculos concretos. No hay perfección en el del Oeste, que tiene crisis, desempleo, violencia; el del Este oculta tras sus vidrios opacos los mismos problemas.

Es más grave lo que no podemos ver. Vivir en un hormiguero más o menos disciplinado no es la esencia del hombre, sino crear, inventar, encontrar nuevas relaciones entre las cosas, entre ellas y el hombre. El ámbito para crear es el mundo libre. Excepción hecha de las armas y del uso del espacio exterior para fines bélicos, la Unión Soviética inventa muy poco si la comparamos con

Estados Unidos, y menos, al parecer, si la comparamos con Suiza. En ese aspecto, muestran superioridad la República Federal con relación a la Democrática, y Corea del Sur con relación a la del Norte. Pasados quince años, Zharov da razones que explican el fenómeno. Todo es secreto en el totalitarismo. Burócratas incompetentes impiden la comunicación entre los investigadores.

La doctrina que sirve al poder soviético desde 1917, se basa en dos postulados que sólo la historia podrá confirmar. Lo menos que podemos decir es que en los sesenta y siete años transcurridos la historia no les ha favorecido. ¿Retroceso imposible en un régimen socialista? Los simpatizantes de Solidaridad, que se cuentan por millones, luchan contra un partido que se considera avanzada del proletariado; rudo golpe para la doctrina. ¿No hay contradicción en los países liberados de las desventajas del capitalismo? Los conflictos sino-soviético, sino-vietnamita, vietnamita-camboyanos, son un duro mentís. ¿Proletarización de la clase media en los países capitalistas? Al revés, asistimos a la “mediatización” del proletariado. ¿Capitalismo en ruinas que lanza sus últimos rugidos? Entonces, ¿por qué la economía de Estados Unidos es hoy más fuerte que nunca?; ¿por qué los únicos países subdesarrollados que han progresado no son Cuba, Yemen del Sur o Corea del Norte, sino Corea del Sur, Formosa, Singapur y varios países de América Latina? El mayor éxito de los comunistas y sus herederos es haber hecho de la palabra “capitalismo” —en Francia especialmente— un término odioso. Pero, ¿qué diferencia entre el capitalismo cruel, salvaje, inhumano del siglo XIX y la compleja realidad de nuestros días!

Si tenemos en cuenta el poder de la Unión Soviética, poca oportunidad tienen de unirse las dos Alemanias, a pesar de los deseos de la mayoría de su población. La situación es algo diferente para las dos Coreas y las dos Chinas. Sólo un cambio interno en la superpotencia dará lugar a cierto avance. Aunque algunos creen o simulan creer en él, ese cambio, transcurridos sesenta y siete años, brilla por su ausencia. Esperemos el fin.